

tienen conexión con su persona, como ser de mas alto linaje, reputarle mas rico, con mas valimiento, etc.

Como ama á los hombres porque son sus semejantes, amará particularmente á los que mas se le semejen porque se reconocerá por bueno; y juzgando de esta semejanza por la conformidad de gustos en las cosas morales, se complacerá mucho en hallar aprobacion en todo cuanto tiene relacion con el buen carácter. No dirá precisamente: «Me alegro porque me aprueban; si no: Me alegro porque aprueban lo bueno que he hecho, y porque las personas que me honran se honran á sí mismas.» En tanto que fueren tan sanos sus juicios, será mérito excelente alcanzar su estimacion.

Estudiando ahora á los hombres por sus costumbres en el mundo, así como los estudiaba por sus pasiones en la historia, tendrá muchas ocasiones de reflexionar acerca de lo que el corazon humano encuentra grato ó desagradable. Ya le tenemos filosofando acerca de los principios del buen gusto, y este es el estudio que en esta época le conviene.

Cuanto mas lejos vamos á buscar las definiciones del buen gusto, mas nos descarriamos; el buen gusto no es otra cosa que la facultad de juzgar de lo que agrada ó desagrada al mayor número; en saliendo de esto, no sabemos qué cosa sea el buen gusto. No se infiere de aquí que haya mas hombres de buen gusto que de malo; porque aunque la mayor parte forme un juicio exacto acerca de cada objeto, pocos hay que juzguen como ella acerca de todos; y aunque el conjunto de gustos generales constituya el buen gusto, pocos hay que tengan ese buen gusto, como hay pocas personas hermosas, aunque la hermosura la constituya el conjunto de los rasgos que son mas agradables.

Se ha de notar que no se trata aquí de lo que amamos porque nos es provechoso, ni de lo que aborrecemos porque nos es perjudicial. El gusto solo se ejercita en las cosas indiferentes ó cuando mas de un interés pasajero, y no en las que están conexas con nuestras necesidades: para juzgar de estas, no es necesario el gusto, con solo el apetito basta. Esto es lo que tan difíciles, y al parecer, tan arbitrarias hace las decisiones

de puro gusto; porque no se ve la razon de estas decisiones fuera del instinto que las determina. Tambien se deben distinguir sus leyes en las cosas morales, de sus leyes en las físicas. En estas parecen absolutamente inexplicables los principios del buen gusto; porque, ¿quién nos dirá, por ejemplo, por qué es de buen gusto este canto, y no aquel otro? ¿Quién nos dará principios acerca de la colocacion de colores? ¿Quién nos enseñará por qué agrada mas un óvalo que un círculo en un cuadro de céspedes, y por qué un círculo mas que un óvalo en un estanque de agua? Pero importa poco notar que en todo cuanto se relaciona con la imitacion tiene parte lo moral (1): así se explican hermosuras que parecen físicas, y que realmente no lo son. Añadiré que tiene el gusto reglas locales que en mil cosas le hacen dependiente de los climas, de las costumbres, del gobierno, de las instituciones; que hay otras que se refieren á la edad, al sexo, al carácter, y que en este sentido es cierto que sobre gustos no hay disputa.

El gusto es natural en todos los hombres; pero no todos le tienen en una misma medida, ni en todos se desenvuelve hasta el mismo grado, y en todos está expuesto á alterarse por distintas causas. La medida del gusto que puede tener cada uno pende de la sensibilidad que ha recibido; su cultura y su forma penden de las sociedades en que ha vivido. Lo primero es preciso vivir en numerosas sociedades para hacer muchas comparaciones. Lo segundo son necesarias sociedades de pasatiempo y ociosidad; porque en las de negocios no se lleva por regla el deleite, sino el interés. En tercer lugar son necesarias sociedades donde no sea muy grande la desigualdad de condiciones, donde sea moderada la tirania de la opinion, y donde reine mas el placer que la vanidad; porque de lo contrario, la moda sofoca el gusto, y no se aspira á lo que agrada, sino á lo que distingue.

En este último caso, ya no es cierto que sea el buen

(1) Esto está probado en el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, que se halla en la coleccion de mis obras.

gusto el del mayor número. ¿Por qué así? Porque varia el objeto. La muchedumbre entonces no tiene juicio propio, juzga solo por los que cree mas ilustrados que ella; no aprueba lo que está bien, sino lo que aquellos han aprobado. Haced que en todos tiempos tenga cada uno su propio sentir, y lo que en sí es mas agradable se llevará siempre la pluralidad de votos.

En cuanto trabajan los hombres, nada hermoso producen como no sea por imitacion. Todos los verdaderos dechados del buen gusto se hallan en la naturaleza. Cuanto mas nos desviamos del maestro, mas se desfigurán nuestras pinturas. Entonces sacamos nuestros modelos de los objetos que amamos; y la beldad de capricho, sujeta al antojo y á la autoridad, no es mas que lo que quieren los que nos guían.

Estos son los artistas, los poderosos y los ricos; y lo que á estos guía es su interés ó su vanidad. Los unos por hacer alarde de sus riquezas y los otros por aprovecharse de ellas, buscan á porfía nuevos medios de gasto. Así el lujo desordenado funda su imperio, y hace que agrada lo que es difícil y costoso; entonces la pretendida hermosura, lejos de imitar la naturaleza, solo á fuerza de oponerse á ella se mira como tal; de suerte que el lujo y el mal gusto son inseparables. En todas partes donde es dispendioso el gusto, es equivocado. Esto lo haré luego mas palpable.

Particularmente en el comercio de ambos sexos es donde toma su forma el gusto bueno ó malo; su cultivo es efecto necesario del objeto de esta sociedad. Pero cuando la facilidad de gozar entibia el deseo de agradar, debe degenerar el gusto; y esta me parece ser otra de las mas palpables razones de por qué está ligado el buen gusto con las buenas costumbres.

Consultad el gusto de las mujeres en las cosas físicas y que tienen relacion con el juicio de los sentidos, y el de los hombres en las morales y que mas penden del entendimiento. Cuando sean las mujeres lo que deben ser, se ceñirán á las cosas de su competencia, y siempre juzgarán bien; pero desde que se han erigido en árbitros de literatura, desde que se han metido á dar su voto sobre los libros, y á hacerlos á destajo, ya no en-

tienden de cosa ninguna. Los autores que consultan á las sabias sobre sus obras, estén ciertos de que siempre los aconsejarán mal: los petimetres que las consultan acerca de su traje, van siempre ridículamente puestos. En breve tendré ocasion de hablar del verdadero talento de este sexo, del modo de cultivarle, y de las cosas sobre las que merecen escucharse sus decisiones.

Estas son las consideraciones elementales que sentaré como principios, cuando con mi Emilio controvierda una materia que no es indiferente para él en la circunstancia en que se halla, y en la investigacion en que se ocupa. ¿Y á quién le ha de ser indiferente? El conocer lo que puede ser grato ó ingrato á los hombres, no solo es necesario para el que necesita de ellos, sino para el que quiere serles útil: pues importa agradecerles para servirlos, y nunca el arte de escribir es un estudio ocioso para quien le emplea en hacer escuchar la verdad. Si para cultivar el gusto de mi discípulo hubiese de escoger países donde todavia no ha empezado su cultivo, ú otros donde ya ha degenerado, seguiria el órden retrógado, empezaria el viaje por estos, y concluiria con aquellos. Consiste la razon de este órden, en que se estraga el gusto por una excesiva delicadeza que le hace sensible á cosas que no distingue lo general de los hombres: esta delicadeza trae el espíritu de discusion; porque cuanto mas se utilizan los objetos, mas se multiplican, y esta sutileza hace mas delicado y menos uniforme el tacto. Fórmanse entonces tantos gustos como cabezas; y en las disputas acerca de la preferencia se explayan la filosofia y las luces, y se aprende á pensar. Solo quien esté muy hecho al trato de gentes puede hacer observaciones finas, porque estas no hacen impresion hasta despues que todas las demás; y en cuanto á las personas poco acostumbradas á las sociedades numerosas, toda su atencion se la llevan los rasgos fuertes. Acaso hoy dia no haya un pueblo civilizado en la tierra, donde sea mas malo el gusto general que en París. Sin embargo, en esta capital es donde se cultiva el buen gusto; y pocos libros que tengan estimacion salen en Europa, cuyos autores no hayan ido á formarse á París. Se equivocan los que piensan que basta con leer

los libros que allí salen: mucho mas se aprende con la conversacion de los autores que con sus libros, y no son tampoco los autores con quien mas se aprende. El espíritu de las sociedades es el que desenvuelve una cabeza pensadora, y aclara y alarga la vista cuanto es dable. Si teneis una chispa de ingenio, id á vivir un año en París: en breve sereis cuanto ser podais, ó no sereis nunca nada.

En los países donde reina el mal gusto, podemos aprender á pensar, pero no como los que tienen este mal gusto; y es difícil que esto no suceda cuando vivimos mucho tiempo entre ellos. Con sus reflexiones hemos de perfeccionar el instrumento que juzga, huyendo de ejercitarle como ellos. Me guardaré muy bien de pulir el juicio de Emilio hasta alterarle; y cuando tenga tan finó el tacto que sienta y compare los diversos gustos de los hombres, le llevaré á objetos mas sencillos para que se fije el suyo.

Tomaré todavía mas arriba las cosas para conservarle puro y sano el gusto. En el tumulto de la disipacion sabré tener con él conferencias útiles; y encaminándolas siempre á materias que le agraden, cuidaré de que sean tan sabrosas como instructivas. Ahora es el tiempo de la lectura y los libros amenos; ahora el de enseñarle la análisis de la oracion, y hacer que sienta toda la hermosura de la diction y la elocuencia. No basta con aprender las lenguas por ellas mismas, que no importa su uso tanto como se cree; pero su estudio conduce al de la gramática general. Es preciso aprender el latin para saber bien el castellano; para entender las reglas del arte de hablar, es preciso estudiar y comparar uno con otro.

Hay sin eso cierta sencillez de gusto que llega al corazon, y que solo se encuentra en los escritos de los antiguos. En la elocuencia, en la poesia, en toda especie de literatura, los hallará como en la historia, abundantes en cosas, y parcos en decidir; por el contrario, nuestros autores dicen poco y fallan mucho. Dictarnos sin cesar por ley su juicio, no es modo de formar el nuestro. En todos los monumentos, y hasta en los sepulcros, se echa de ver la diferencia de ambos gustos: los nuestros

están cubiertos de elogios; en los de los antiguos se leian hechos.

«*Sta, viator; hercem calcas* (1).»

Aun cuando hubiese yo encontrado en un monumento antiguo este epitafio, al instante hubiera adivinado que era moderno; porque entre nosotros no hay cosa mas comun que los héroes, pero entre los antiguos eran raros. En vez de decir que uno era un héroe, hubieran dicho lo que habia hecho para serlo. Comparad con el epitafio de este héroe el del afeminado Sardanápalo:

«Yo he edificado á Tarso y Anchialo en un dia y ahora estoy muerto.»

¿Cuál significa mas en vuestro dictámen? Nuestro estilo lapidario con su hinchazon solo vale para agrandar pigmeos. Los antiguos mostraban á los hombres al natural, y se veia que eran hombres. Jenofonte, por honrar la memoria de algunos guerreros muertos á traicion en la retirada de los diez mil: «Murieron, dice, irreprehensibles en la guerra y en la amistad.» Ahí está todo; pero contemplad en este tan corto y sencillo elogio, cómo debia estar rebosando el corazon del autor. ¡Desventurado quien con esto no se enajena!

Leíanse estas palabras grabadas en un mármol en las Termopilas:

«Caminante, ve á decir á Esparta que nosotros hemos muerto aquí por obedecer sus santas leyes.»

Bien se ve que no fué la Academia de la Historia quien las dictó.

Mucho me engaño, si mi alumno que tan poco aprecio hace de las palabras, no pone suma atencion en estas diferencias; y si no influyen en la eleccion de sus lecturas. Arrastrado por la varonil elocuencia de Demóstenes, dirá: «Este es un orador;» pero cuando lea á Ciceron, dirá: «Este es un abogado.»

En general Emilio tomará mas gusto á los libros de los antiguos que á los nuestros, aunque no sea mas que porque siendo aquellos los primeros, están mas cerca de la naturaleza, y su ingenio es mas á propósito para

(1) Detente, caminante; pisas un héroe.

ellos. Digan lo que quieran la Motte y el abate Terrason, no hay progresos verdaderos de la razon en el género humano, porque todo lo que por una parte se gana, se pierde por otra; porque todos los entendimientos siempre salen del mismo punto, y porque siendo perdido el tiempo que se gasta en saber lo que han pensado otros para pensar uno mismo, si se adquieren mas luces, tambien pierde vigor la inteligencia. Nuestros entendimientos están, como nuestros brazos, acostumbrados á hacerlo todo con herramientas, y nada por sí propios. Decia Fontenelle que toda la disputa sobre los antiguos y los modernos se reducía á saber si los árboles de otro tiempo eran mas corpulentos que los de hoy. Si hubiera variado la agricultura, no iria la cuestion muy fuera de camino.

Despues de haberle hecho conocer de esta manera la buena literatura, tambien le muestro la mala de los compiladores modernos, en diarios, traducciones y diccionarios: da una mirada á todo esto, y luego lo deja para no volver nunca á mirarlo. Por divertirle, le hago que oiga la charla de las academias, y que note que cada uno de los que las componen, siempre vale mas solo que en corporacion: de aquí sacará por sí propio la consecuencia de la utilidad de todos estos soberbios establecimientos.

Le llevo á los teatros, no para que estudie la moral, sino el gusto; que aquí es donde particularmente se manifiesta á los que saben reflexionar. «Dejaos de preceptos y de moral, le diré; no es aquí donde se han de aprender. No está destinado el teatro para la verdad, sino para halagar y divertir á los hombres; no hay escuela donde tan bien se aprenda el arte de agradarles y de interesar el corazon humano.» El estudio del teatro conduce al de la poesia; ambos tienen un mismo objeto. Si tiene una chispa de aficion á esta, ¡con qué delicia cultivará las lenguas de los poetas, el griego, el latin, el italiano! Estos estudios serán para él pasatiempos sin apremio, y le aprovecharán mas; le serán deliciosos en una edad y circunstancias en que con tanto embeleso se interesa el corazon en todos los géneros de belleza capaces de conmovérle. Figuraos á un lado mi Emilio,

y al otro un alumno de colegio, leyendo el cuarto libro de la Eneida, ó á Tibulo, ó el Banquete de Platon: ¡qué diferencia! ¡Cuán agitado está el corazon del uno con lo que ni siquiera hace impresion en el del otro! ¡Oh buen mancebo! Deten tu lectura; te veo enternecido en demasia: quiero que te agrade el idioma del amor, mas no que te descarrie: sé hombre sensible, pero sé hombre cuerdo. Si solo eres uno de los dos, no eres nada. En cuanto á lo demás, ora adelante ó no en las lenguas muertas, en las letras humanas, en la poesia, poco me importa; no valdrá menos aun cuando nada de esto sepa, ni se trata de estas fruslerias en su educacion.

Cuando le enseño á que sienta y ame la belleza en todos géneros, mi objeto principal es fijar en ella sus afecciones y sus gustos, estorbar que se alteren sus apetitos naturales, y que busque un dia en su riqueza los medios de ser feliz, debiéndolos buscar mas cerca de sí. En otra parte he dicho que el gusto no era otra cosa que el arte de entender de cosas pequeñas, y así es la verdad; pero una vez que los contentos de la vida penden de un cúmulo de estas cosas pequeñas, no deja de ser importante esta solicitud: por ella aprendemos á llenarla de los bienes á que podemos alcanzar, con toda la verdad que para nosotros pueden tener. No hablo aquí de los bienes morales que penden de la buena disposicion del ánimo, sino solo de lo que es propio de la sensualidad, del deleite real, dejando aparte la opinion y las preocupaciones.

Permítanme, para desenvolver mejor mi idea, dejar por un instante á Emilio, cuyo puro y sano corazon á nadie puede servir de regla, y en mí propio ofrecer ejemplo mas sensible y menos distante de las costumbres del lector.

Hay estados que parece mudan la naturaleza, y que vacían, por decirlo así, en nuevo molde á los hombres, tornándolos mejores ó peores. Un cobarde que entra en el ejército se vuelve valiente. No solo en lo militar se coge el espíritu de cuerpo, ni siempre los efectos que produce son buenos. Cien veces he pensado con terror que si tuviese la desgracia de tomar hoy un empleo que yo sé en cierto pais, mañana casi irremediamente

seria tirano, ladrón del erario, destructor del pueblo, funesto al príncipe, enemigo por mi cargo de toda humanidad, toda equidad y toda clase de virtud.

Del mismo modo, si fuese rico, habría hecho todo lo necesario para llegarlo á ser: fuera por tanto insolente y soez, sencillo y delicado para mí solo, sin compasión y acerbo para todo el mundo, desdeñoso espectador de los infortunios de la canalla; que no daría otro nombre á los pobres, para hacer que se olvidaran de que también lo fui yo en otro tiempo. Por fin, únicamente me ocuparía de mi caudal, haciéndole instrumento de mis gustos, y hasta aquí fuera parecido á todos los demás.

Pero en lo que creo me diferenciaría mucho de ellos, es en que sería sensual y regalado más bien que soberbio y vano, y en que me daría más al lujo de molición que al de ostentación; y aun alguna vergüenza me causaría el hacer sobrado alarde de mi riqueza, creyendo siempre ver al envidioso á quien aterrara mi fausto, decir al oído á sus vecinos: «Miren el bribón, qué miedo tiene de que le conozcan por tal!»

En esta profusión inmensa de bienes que cubre la tierra, buscaría lo que más me agradase, y mejor pudiese apropiarme. Para esto el primer uso de mi riqueza sería comprar ocio y libertad, á lo cual añadiría la salud, si se hallase de venta; más como solo se compra con la templanza, y sin la salud no hay deleite verdadero en la vida, por sensualidad fuera templado.

Siempre me quedaría lo más cerca posible de la naturaleza, para contentar los sentidos que ella me dió, con la certidumbre de que tanto más reales serían mis deleites cuanto más parte tuviese en ellos. Siempre sería ella mi dechado para la elección de los objetos de imitación; la preferiría á todo en mis antojos; la consultaría en todos mis gustos; en los manjares siempre quisiera los que más sazón ella, y por menos manos pasan para llegar hasta nuestras mesas. Precavería así las falsificaciones del fraude, y saldría al encuentro del placer. No enriquecería mi torpe y necia gula á un despensero, que me vendiese ponzoña por pescado; no se cubriría mi mesa con magníficas suciedades traídas de lejanas tierras; trabajaría en satisfacer mi sensuali-

dad, que este mismo trabajo es entonces nuevo deleite, y acrecienta el que aquella proporciona. Si quisiera gustar un manjar del cabo del mundo, antes iría como Apicio, á buscarle, que hacérmelo traer; porque á los más exquisitos manjares les falta siempre una sazón que no viene con ellos, ni les da cocinero ninguno, que es el aire del clima donde se han criado.

Por la misma razón no imitaría á los que hallándose bien únicamente donde no están, ponen siempre en contradicción consigo mismas las estaciones, y en contradicción con las estaciones los climas; buscan el verano en invierno, y el invierno en verano; van á tener frío á Italia, y calor al Norte, sin contemplar que cuando creen que huyen el rigor de las estaciones, le encuentran en los países donde no han aprendido á preservarse de ellas. Yo me quedaría en mi sitio, ó haría todo lo contrario: de una estación querría sacar todos los deleites que ofrece, y de un clima cuanto de él es peculiar. Tendría una diversidad de hábitos y gustos que no se pareciesen, y que siempre fuesen naturales; iría á pasar el verano á Nápoles, y el invierno á San Petersburgo; unas veces respirando un céfiro suave muellemente reclinado en las grutas de Tarento, y otras en la iluminación de un palacio de hielos, fatigado y perdida la respiración con los placeres del baile.

En el servicio de mi mesa, en el alhajado de mi aposento, querría imitar con ornamentos muy sencillos la variedad de las estaciones, y de cada una sacar todas sus delicias, sin gozar anticipadas las de las siguientes. Penoso es, no placentero, perturbar así el orden de la naturaleza, forzándola á producciones involuntarias, que privadas de calidad y sabor, ni pueden alimentar el estómago, ni halagar el paladar. No hay cosa más insípida que las frutas primerizas; rico hay en París que con infinitos gastos, á fuerza de hornillos y de estufas, consigue no servir todo el año en su mesa sino malas legumbres y peores frutas. Si tuviese yo cerezas cuando hiela, y melones de olor en el rigor del invierno, ¿con qué gusto los había de comer, cuando mi paladar no necesita humedecerse ni refrescarse? ¿Me sería muy grata la pesada castaña en los ardores de la canícula? ¿La

preferiria, saliendo del calvotero, á la grosella, á la fresa, y á las aguanosas frutas con que sin tantos afanes me brinda la tierra? Cubrir su chimenea el mes de Enero con vegetaciones violentas, con inodoras y descoloridas flores, mas que ataviar el invierno es desnudar la primavera, es privarse del placer de ir á los bosques á buscar la primera violeta, á acechar el primer retoño, y á exclamar embargado de júbilo: «Mortales, no estais abandonados: todavia vive la naturaleza.»

Para estar bien servido, tendria pocos criados; esto ya se ha dicho, y es bueno repetirlo. Mas servicios hace á un particular su criado solo, que á un duque diez señores que están á su lado. Muchas veces he pensado que, cuando tengo en la mesa el vaso junto á mí, bebo así que tengo sed; y si estuviera en una mesa de etiqueta, sería necesario que repitiera veinte veces «*de beber,*» antes que pudiera gustar un poco de vino. Todo cuanto se hace por ministerio ajeno, sale mal, hágase como se quiera. No enviaria á las tiendas, que iria yo mismo, para que no negociaran mis criados antes que yo, para escoger con mas cierto, y pagar menos caro; iria para hacer un ejercicio agradable, para ver un poco lo que hacen fuera de mi casa: eso recrea, y algunas veces instruye; finalmente, iria por ir, que siempre es algo. De la vida muy sedentaria nace el fastidio; quien mucho anda poco se aburre. Malos intérpretes son el portero y los criados; no quisiera que mediaran mucho esas gentes entre lo demás del mundo y yo, ni andar siempre con el estrépito de un coche, como si tuviera miedo de que se acercaran las gentes á mí. Los caballos de un hombre que usa de sus piernas siempre están á punto; si están malas ó fatigadas, lo sabé antes que nadie, y no tiene miedo de verse precisado á no salir de casa con este pretesto, cuando su cochero se quiere divertir; en la calle no hacen que se impaciente y se aburra con mil imprevistos estorbos, ni que se esté parado cuando quisiera ir volando. Finalmente, si nadie nos sirve tan bien como nosotros mismos, aunque fuera uno mas poderoso que Alejandro, y mas rico que Cresos, solo debe admitir de los demás los servicios que no se puede hacer á sí propio.

No quisiera habitar en un palacio, porque no ocuparia en él mas que un aposento; toda pieza comun no es de nadie, y el cuarto de cada uno de mis criados sería tan extraño para mí como el de mi vecino. Los orientales, aunque viven con mucho regalo, se alojan y alhajan sus habitaciones con mucha sencillez. Miran la vida como una jornada, y su casa como un meson. Esta razon poco puede con nosotros los ricos, que tomamos nuestras medidas para vivir eternamente; pero tendria yo otra diferente que produciria el mismo efecto. Me pareceria que establecerme con tanto aparato en un sitio, fuera desterrarme de todos los demás, y aprisionarme, por decirlo así, en mi palacio. Palacio muy hermoso es el universo: ¿no es todo del rico, cuando quiere disfrutarlo? *Ubi bene, ibi patria; donde va bien, allí es la patria;* ese es su emblema: sus lares son los países donde todo lo puede el dinero; su país todo aquel adonde puede conducir su arca, como tenia por suya Filipo toda fortaleza donde podia meter un mulo cargado de dinero (1). ¿Pues por qué se ha de ir uno á encerrar entre puertas y paredes, como para no salir nunca de allí? Si me hacen salir de un país una epidemia, una guerra, ó una revolucion, me voy á otro, y encuentro que mi casa ha llegado antes que yo. ¿Por qué hacerme yo una, cuando me la levanta el universo entero? ¿Por qué cuando me doy tanta prisa á vivir, he de preparar con tanta anticipacion gustos que desde hoy puedo gozar? No es posible vivir una vida agradable estando siempre en contradiccion consigo mismo. Así echaba Empedocles en cara á los agrijentinos que amontonaban los deleites como si no hubieran de vivir mas de un dia, y que levantaban edificios, como si nunca se hubiesen de morir.

¿De qué me sirve por otra parte un alojamiento tan vasto, teniendo tan poco con qué poblarle, y menos con qué llenarle? Mis muebles, como mis gustos, serian sencillos; no tendria galería ni biblioteca, sobre todo si me

(1) Preguntando en Atenas á un extranjero soberbiamente vestido, de dónde era, respondió: Soy rico. Me parece que fué una excelente respuesta.